

lago de la Sanguijuela, pone el lago Cassina en los 47° 42' 40" de latitud Norte.

El río Biche sale del lago del mismo nombre, y entra en el lago Cassina. «Calculando en sesenta millas, dice Mr. Schoolcraft, la distancia del lago Cassina al de Biche, la fuente mas lejana del Misisipi, se tendrá como ancho total del curso de este río tres mil treinta y ocho millas. El año anterior bajé el Misisipi desde San Luis en un barco de vapor, y el 10 de julio pasé su embocadura para ir á Nueva-York, resultando que á poco mas de un año me hallé cerca de su origen, sentado en una canoa india.»

Mr. Schoolcraft observó que á corta distancia del lago Biche las aguas corren hácia el Norte en el río Rojo, que se pierde en la bahía de Hudson.

Tres años despues, en 1823, Mr. Beltrami recorrió las mismas regiones, y coloca las mismas fuentes septentrionales del Misisipi á cien millas mas arriba del lago Cassina ó del Cedro-Rojo, afirmando que anteriormente á él, ningun viajero habia pasado mas allá del Cedro-Rojo. Hé aquí cómo describe su descubrimiento de las fuentes del Misisipi:

«Nos hallamos en las tierras mas altas de América Septentrional... Esto no obstante, el país es llano, y la colina en que estoy no es, por decirlo así, mas que una eminencia formada en el centro para servir de observatorio.

«Dirigiendo la vista alrededor de sí, se ven correr las aguas al Sur hácia el golfo de Méjico, al Norte hácia el mar Glacial, al Este hácia el Atlántico, y al Oeste hácia el mar Pacifico.

«Una gran llanura corona aquel punto culminante; pero lo mas admirable es, que del centro de el surja un lago.

«¿Cómo se ha formado este lago? ¿de dónde vienen sus aguas? Forzoso es preguntarlo al gran Arquitecto del mundo.... Este lago no tiene salida alguna, y mi vista, que es bastante perspicaz, no ha descubierto ni aun en la parte mas lejana de aquel claro horizonte, ningun terreno que se eleve sobre su nivel; todos por el contrario son mucho mas inferiores...»

«Habeis visto las fuentes del río que he surcado hasta aquí (el río Rojo), y habeis podido observar que están precisamente al pié de la colina, y filtran en línea recta de la orilla septentrional del lago: estas fuentes son las del río Rojo ó Sangriento, y otras situadas al Sur, forman un hermoso estanque de ochenta pasos de circunferencia próximamente; estas aguas filtran tambien del lago, y... son las fuentes del Misisipi.

«Este lago, de tres millas de periferia y de forma acorazonada, habla al alma, y la mia se ha conmovido. Justo era sacarlo del silencio en que lo ha dejado la geografía á pesar de tantas expediciones, y darlo á conocer al mundo de una manera distinguida. Yo le he dado el nombre de aquella dama respetable, cuya vida, como ha dicho su ilustre amiga la condesa de Albani, ha sido un curso de moral en acción, y cuya muerte ha sido una calamidad para todos los que temian la dicha de conocerla... Yo he llamado á aquel lago el lago Julia, y á las fuentes de los dos rios, las fuentes Julianas del río Sangriento y las fuentes Julianas del Misisipi.

«He creído ver la sombra de Colon, de Américo Vespucio, de Cabotto, y de Verazzani, asistir con júbilo á aquella gran ceremonia, y felicitar de que uno de sus compatriotas viniese á despertar con nuevos descubrimientos el recuerdo de los servicios que habian prestado al mundo entero, por sus talentos, sus hazañas y sus virtudes.»

Aunque extranjero, escribe en francés, facilmente se reconocerán el gusto, los rasgos, el carácter y el justo orgullo del genio italiano.

La verdad es que la eminencia de donde mana el

Misisipi es una tierra llana pero culminante, cuyas vertientes derraman sus aguas por el Norte, el Este, el Mediodia y el Oeste, y que sobre aquella planicie se abre una multitud de lagos que vierten rios, cuyas corrientes se deslizan en direccion de los rumbos del viento. El suelo de esta plataforma superior es movido como si flotase sobre abismos, y en la estacion lluviosa, los rios y los lagos se desbordan; diríase que era un mar, si ese mar no ostentase selvas de avena-loca que se elevan á veinte y treinta piés de altura. Las canoas perdidas en aquel doble océano de aguas y yerbas, no pueden gobernarse sin el auxilio de las estrellas y la brújula; y cuando sobrevienen las tempestades, las mareas fluviales se plegan, se derrumban sobre las embarcaciones y millares de gansos, cercetas, garzas reales y gallinetas, vuelan formando una espesa nube sobre la cabeza de los viajeros.

Las aguas desbordadas permanecen algunos dias, como inciertas de la pendiente que han de tomar, y una piragua puede ser arrastrada mansamente ó á los mares polares, á los del Mediodia, á los grandes lagos del Canadá ó á los afluentes del Missouri, segun el punto de la circunferencia en que se halla, pasado el ímpetu de la inundacion. Nada hay mas admirable y magestuoso que ese movimiento y distribucion de aguas centrales de la América del Norte.

En el Misisipi inferior, el mayor Pike en 1806, y Mr. Nuttal en 1819, han recorrido el territorio de Arkansa, visitado los Osajes, y provisto de noticias útiles, así á la historia natural como á la topografía.

Tal es aquel Misisipi de que hablaré en mi Viaje, y que tantos recuerdos conserva de la Francia.

Colon descubrió la América en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, y el capitán Francklin completó el descubrimiento de aquel nuevo mundo el 18 de agosto de 1826. ¿Qué de generaciones arrebatadas, qué de revoluciones cumplidas, qué de cambios ocurridos en aquellos pueblos, en el espacio de trescientos treinta y tres años, nueve meses y veinte y cuatro dias!

Este mundo no se parece ya al mundo de Colon. En aquellos mares ignorados, en los que se veia elevarse una mano negra, la mano de Satanás (1), que se apoderaba de los navios en el silencio y oscuridad de la noche, y los enterraba en el fondo del abismo; en aquellas regiones antárticas, mansion de la noche, del espanto y de las fábulas; en aquellas aguas furiosas del cabo de Hornos y del cabo de las Tormentas, donde se llenaban de terror los pilotos; en aquel doble Océano que bate sus dobles riberas; en aquellos parajes en otro tiempo tan formidables, buques-correos hacen con regularidad sus trayectos para el servicio de la correspondencia y de los viajeros. Convidase á comer desde una ciudad floreciente de América á otra ciudad floreciente de Europa, y se llega á la hora convenida; y en lugar de aquellos barcos groseros, desaseados, infectos y húmedos, donde no se comian mas que viandas saladas, y donde el escorbuto devoraba á los navegantes, elegantes navios ofrecen á los pasajeros, cámaras cubiertas de anacardo, adornadas con tapices, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música y todo el refinamiento de la elegancia y buen tono; y por último, un viaje que exigia muchos años de estudios acerca de aquellas diversas latitudes, no ocasiona hoy la muerte de un solo marinero.

Burlámonos de las tempestades porque las distancias han desaparecido, y un simple ballenero hace vela al polo austral, y si la pesca no es buena vuelve al polo boreal; para apoderarse de un pez se atraviesan dos veces los trópicos, se recorre dos veces el diámetro de la tierra, y se tocan en algunos meses los dos cabos del universo. En las puertas de las tabernas de Londres se ve fijado el anuncio de la salida del paquebot de la tierra de Diemen, con todas las como-

(1) Véanse las antiguas cartas y los navegantes árabes.

idades posibles para los pasajeros á los Antípodas, y esto al lado del anuncio de la salida del paquebot de Douvres á Calais. Hay itinerarios de bolsillo, guías y manuales para uso de las personas que se proponen hacer un viaje de recreo al rededor del mundo, y este viaje dura nueve ó diez meses á lo sumo. Pátese en el invierno al salir de la Ópera, y despues de haber tocado en las islas Canarias, Río-Janeiro, Filipinas, China, Indias y cabo de Buena-Esperanza, se vuelve al hogar doméstico en la época en que comienza la caza.

Los barcos de vapor no conocen ya vientos contrarios en el Océano, ni corrientes opuestas en los rios, y desde lo alto de las galerías de los kioscos ó palacios flotantes de dos ó tres pisos de elevacion se admiran los mas bellos cuadros que ofrece la naturaleza en las selvas del Nuevo-Mundo. Cómodos caminos franquean la cima de las montañas; ó abren desiertos poco antes inaccesibles, viéndose reunidos cuarenta mil viajeros en partida de campo en la catarata del Niagara. Por los caminos de hierro se deslizan rápidamente los pesados carruajes de comercio, y si placiese á la Francia, la Alemania y la Rusia, establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podriamos escribir á nuestros amigos chinos y recibir la respuesta á las nueve ó diez horas. Un hombre que empezara su peregrinacion á los 18 años y la terminara á los 60, caminando solamente cuatro leguas por dia, hubiera completado siete veces la vuelta de nuestro mezquino planeta en toda su vida. El genio del hombre es seguramente demasiado grande para la pequeña morada que habita, y de aquí es preciso concluir que está destinado á mansion mas elevada.

¿Conviene que las comunicaciones entre los hombres se hayan hecho tan fáciles? ¿Las naciones no conservarán mejor su caracter peculiar ignorándose las unas á las otras, y guardando una fidelidad religiosa á las costumbres y tradiciones de sus padres? Yo he oido en mi juventud murmurar á los viejos bretones contra los caminos que se queria abrir en sus bosques, cuando aquellos caminos debian elevar el valor de las propiedades riberiegas.

Sé que se puede emplear con cierto éxito este sistema de declamaciones apasionadas; sé que los tiempos antiguos tienen su mérito, pero es necesario recordar que un estado político no es mejor porque sea caduco y rutinario, pues á juzgar así seria preciso convenir que el despotismo de la China y la India, que nada han innovado desde hace tres mil años, es lo mas perfecto del mundo. Yo no veo por lo tanto que pueda haber felicidad en encerrarse durante una cuarentena de siglos con pueblos infantiles y tiranos decrepitos.

Los gustos y la admiracion del hombre estacionario emanan de juicios falsos sobre la verdad de los hechos y la naturaleza del hombre: sobre la verdad de los hechos, porque supone que las antiguas costumbres morales eran mas puras que las modernas, lo que es un completo error; y sobre la naturaleza del hombre, porque no quiere ver que el espíritu del hombre es susceptible de perfeccion.

Los gobiernos que detienen el vuelo del genio, se parecen á los pájareros que quiebran las alas del águila para impedir que se remonte.

En fin, no se puede clamar contra los progresos de la civilizacion, á no estar ofuscado por necias preocupaciones, y en este caso se ve á los pueblos como se les habia visto otras veces, aislados y como no teniendo nada de comun en sus destinos. Pero si se considera la especie humana como una gran familia que camina hácia el mismo objeto; si no imaginamos que las cosas están dispuestas en la tierra para que una pequeña provincia ó un reducido reino queden enteramente en su ignorancia y pobreza, y sus instituciones políticas tales como la barbarie, los tiempos y la casualidad las han abortado: entonces ese desarrollo de la industria, de

las ciencias y de las artes, parecerá lo que es en efecto, una cosa lejitima y natural, y en este movimiento universal se reconocerá el de la sociedad, que terminando su historia particular, comienza su historia general.

En tiempos mas lejanos, cuando cual otro Ulises, se abandonaba el hogar doméstico, el viajero excitaba la curiosidad pero hoy, excepto una media docena de personajes, que por su mérito individual salen de la regla general; ¿quién puede interesar con el relato de sus escursiones? Yo; pobre peregrino, vengo á colocarme entre esa multitud de viajeros oscuros que han visto lo que todo el mundo ve, que no han proporcionado ningun progreso á las ciencias, que nada han añadido al tesoro de los conocimientos humanos; pero me presento como el último historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquellos pueblos cuya raza no tardará en desaparecer, y vengo á decir algunas palabras sobre los destinos futuros de la América, y sobre aquellos otros pueblos herederos de los infortunados indios, sin que me anime otra pretension que espresar lamentos y esperanzas.

INTRODUCCION.

En una nota del *Ensayo histórico*, escrita en 1791, manifesté con bastante extension, cuál habia sido mi designio al pasar á América, y en algunas de mis obras, y especialmente en el prefacio de la *Atala*, he repetido muchas veces esto mismo. Prometiame nada menos que descubrir el paso al Nor-Oeste de la América, volviendo á buscar el mar polar visto por Hearne en 1772, divisado mas al Oeste en 1789 por Mackenzie, reconocido por el capitán Parry que se acercó á él en 1819 á través del Estrecho de Lancaster, y en 1821 á la extremidad del Estrecho de la *Hecla* y de la *Fury* (1), y cuyas costas exploró el capitán Francklin, despues de haber bajado sucesivamente el río de Hearne en 1821 y el de Mackenzie en 1826; costas que rodea una faja de hielos, y que hasta el presente han rechazado toda clase de embarcaciones.

Conviene observar una cosa peculiar á la Francia y es, que la mayor parte de sus viajeros han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas y genio, habiéndoles empleado ó socorrido muy raras veces el gobierno ó las compañías particulares. De aquí ha resultado que los extranjeros, mas diestros, han realizado, mediante un concurso de voluntades nacionales lo que los individuos franceses no han podido acabar; pues si bien es cierto que en Francia hay valor, y que este merece recompensa, no basta siempre para obtenerla.

Hoy, que me acerco al fin de mi carrera, no puedo menos de pensar, dirigiendo la vista á lo pasado, cuánto la hubiera modificado si hubiera llenado el objeto de mi viaje. Perdido en aquellos mares salvajes, en aquellas playas hiperbóreas, donde ningun hombre ha impreso su huella, los años de discordia que con su espantoso rumor han destruido tantas generaciones, hubieran pasado silenciosos sobre mi cabeza, y el mundo hubiera cambiado mientras yo estaba ausente de él. Probable hubiera sido que no hubiera tenido la desgracia de escribir, y mi nombre, ó hubiera quedado sumido en el olvido, ó se habria confundido con una de esas reputaciones pacíficas que jamás sublevar contra sí la envidia, y que anuncian menos la gloria que la dicha. ¿Quién sabe si repasado el Atlántico, me hubiera fijado en las soledades por mí descubiertas, como un conquistador en medio de sus conquistas? Es verdad

(1) Este intrépido marino habia vuelto á partir para Spitzberg, con intencion de ir hasta el polo en trineo; pero permaneció 61 dias sobre el hielo sin poder pasar los 82° 45' de latitud Norte.

que no hubiera figurado en el congreso de Verona, y que no se me habría llamado *Monseñor* en la fonda de los Negocios extranjeros, calle de los Capuchinos, en París.

Todo esto es harto indiferente en el término del camino: cualquiera que sea la diversidad de las rutas, los viajeros llegan al sitio de la cita común: todos llegan á él igualmente fatigados, porque en la tierra, desde el principio hasta el fin del camino, el peregrino no se sienta ni una sola vez para reposar: como los judíos en el festín de la Pascua, asistimos al banquete de la vida, en pié; con los lomos ceñidos con una cuerda, los zapatos calzados, y el báculo en la mano.

Infútil es volver á decir cual era el objeto de mi empresa, puesto que le he manifestado repetidas veces en casi todos mis escritos; pero si creo deber advertir al lector, que este primer viaje podía muy fácilmente ser el último, si lograba procurarme desde luego los recursos necesarios á mi gran descubrimiento; pero en el caso de que fuera detenido por obstáculos imprevistos, este primer viaje no debía ser sino el preludio de otro, una especie de reconocimiento del desierto.

Para comprender la ruta que se me verá emprender, necesario es recordar también el plan que me habia propuesto, plan que está rápidamente trazado en la nota del *Ensayo histórico* ya indicado, y á la que remito al lector. Por ella se verá que en lugar de dirigirme al Septentrion, queria encaminarme por el Oeste con objeto de alcanzar la costa occidental de América, un poco mas arriba del golfo de California. De allí, siguiendo el perfil del continente, y siempre á la vista del mar, intentaba dirigirme hácia el Norte hasta el Estrecho de Behring, doblar el último cabo de América, descender por el Este á lo largo de las costas del Mar Polar, y entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

Lo que me determinaba á recorrer la larga costa del Océano Pacífico, era el escaso conocimiento que se tenia de ella. Dudábase aun despues de los trabajos de Vancouver de la existencia de un paso entre los 40° y los 60° de latitud septentrional: el rio Colombia, la situación del nuevo Cornouailles, el Estrecho de Chleekhoff, las regiones Aleutianas, el Golfo de Bristol ó de Cook, las tierras de los indios Tchoukotchés, nada de todo esto se habia aun explorado por Kotzebue y demás navegantes rusos ó americanos. Hoy el capitán Francklin evitando muchos miles de leguas de circuito, se ahorró la pena de buscar por el Occidente lo que no se podía hallar sino por el Septentrion.

Esto no obstante, rogaré al lector recuerde los diversos pasajes del prefacio general de mis *Obras completas* y el del *Ensayo histórico*, donde refiero algunas particularidades de mi vida. Destinado por mi padre á la marina, y por mi madre al estado eclesiástico, yo elegí el servicio terrestre y fui presentado á Luis XVI. Para gozar de los honores de la corte y montar las carrozas, segun el lenguaje de la época, se necesitaba tener por lo menos el rango de capitán de caballería, y me encontraba capitán de caballería en derecho, y subteniente de infantería de hecho en el regimiento de Navarra. Habiéndose sublevado como los demás, los soldados de este regimiento, cuyo coronel era el marqués de Mortemart, á fines del año 1790, me hallaba libre de toda clase de lazos que me unieran á mi cuerpo. Cuando dejé la Francia á principios del año de 1791, la revolucion marchaba á pasos agigantados, y aun cuando los principios en que se fundaba eran los míos, detestaba las violencias que la habian deshonrado; así pues fui á buscar con júbilo una independencia mas conforme con mis gustos, y mas simpática con mi carácter.

En esta misma época la emigracion se acrecentaba;

pero como no habia lucha, ningun sentimiento de honor me forzaba, contra la inclinacion de mi razon, á mezclarme en la locura de Coblenz. Una emigracion mas razonable se dirigia hácia las riberas del Ohio; una tierra de libertad ofrecia su asilo á los que huían la de su patria, probando el alto precio de las instituciones generosas, el destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto, en un mundo republicano.

En la primavera de 1791 me despedí de mi respetable y digna madre, y me embarqué en Saint-Maló, llevando una carta de recomendacion del marqués de la Rouairie para el general Washington. El marqués habia hecho la guerra de la independencia en América, y no tardó en hacerse célebre en Francia por la conspiracion realista á que dió su nombre. Tenia por compañeros de viaje dos jóvenes seminaristas de San Sulpicio, á quienes su superior, hombre de mérito, conducia á Baltimore. Dimonos á la vela, y al cabo de cuarenta y ocho horas perdimos de vista la tierra y entramos en el Atlántico.

Difícil es dar una idea á los que nunca han navegado, de las emociones que se experimentan, cuando desde el bordo de un navío no se descubre mas que cielo y agua; pero esto no obstante he procurado transmitir aquellos sentimientos en el capítulo titulado *Dos perspectivas de la naturaleza del Genio del Cristianismo*, y en los *Natches*, poniendo mis propias emociones en boca de *Chactas*. El *Ensayo histórico* y el *Itinerario* están igualmente llenos de los recuerdos é imágenes de lo que se puede llamar el desierto del Océano. Hallarme en medio del mar era no haber dejado mi patria, pues por decirlo así, era ser transportado en mi primer viaje por mi nodriza, por la confidente de mis primeros placeres. Séame permitido, para que el lector comprenda mejor el espíritu de la narracion que va á leer, que cite algunas páginas de mis Memorias inéditas, porque casi siempre nuestro modo de ver y sentir se enlaza con las reminiscencias de nuestra juventud.

Podian aplicarse á mí los versos de Lucrecio:

Tum porro puer ut scavis projectus ab undis
Navita

El cielo quiso colocar en mi cuna una imagen de mis destinos.

«Educado como compañero de los vientos y de las olas, aquellas olas, aquellos vientos y aquella soledad, que fueron mis primeros maestros, convenian tal vez mas á la naturaleza de mi genio y á la independencia de mi carácter. Quizá deba á esta educacion salvaje alguna virtud que hubiera ignorado; mas la verdad es, que ningun sistema de educacion es en sí mismo preferible á otro. Dios sabe bien lo que hace, y es indudablemente su providencia la que nos dirige cuando nos llama á representar un papel en la escena del mundo.»

Despues de los detalles de la infancia vienen los de mis estudios. Jóven aun cuando salí del techo paterno, demostré la impresion que hicieron en mí, París, la corte y el mundo; pinto la sociedad de entonces, los hombres que encontré, los primeros movimientos de la revolucion, y la cronología de las fechas me conduce á la época de mi partida para los Estados-Unidos. Al entrar en el puerto visité la tierra en que se habia deslizado una parte de mi infancia; mas en este punto quiero dejar hablar á las *Memorias*.

«No he visto á Combours mas que tres veces: á la muerte de mi padre toda mi familia se reunió en el castillo para despedirse. Dos años despues acompañé á mi madre á Combours, que quiso amueblar la antigua morada que debian visitar mi hermano y mi cuñada: mi hermano no vino á Bretaña,

»y muy luego subió al cadalso con la jóven (1) para quien mi madre preparaba el lecho nupcial, y por último tomé el camino de Combours al entrar en el puerto, cuando me decidí á pasar á América.

»Despues de diez y seis años de ausencia, y próximo á trocar de nuevo el suelo natal por las ruinas de la Grecia, iba á abrazar ea medio de las landas de mi pobre Bretaña, lo que me restaba de mi familia; pero no tuve valor para emprender la peregrinacion de los campos paternos. En los matorrales de Combours he adquirido lo poco que valgo, y allí he visto reunirse y desaparecer mi familia. De diez hermanos no quedamos mas que tres: mi madre ha muerto de dolor, y las cenizas de mi padre han sido arrojadas al viento.

»Si mis obras me sobreviven, si debo dejar al mundo un nombre, quizá un día, guiado por estas Memorias, se detenga el viajero un momento en los lugares que he descrito. Podrá reconocer el palacio, pero buscará en vano el gran mallo ó el gran bosque. Este ha sido talado, y la cuna de mis sueños ha desaparecido como los sueños mismos: solo ha quedado en pié sobre un peñasco el antiguo torreón, que parece lamentar la ausencia de las encinas que un tiempo le rodeaban y le protegían contra las tempestades. Aislado como él, he visto como él tambien caer en torno mio aquella familia que embellecia mis días y me prestaba un abrigo: gracias al cielo, mi vida no se ha cimentado sobre una tierra tan sólida como las torres en que he pasado mi juventud.»

Los lectores conocen ya al viajero con quien van á familiarizarse en la narracion de sus primeras escursiones.

Me embarqué pues en Saint-Maló, como he dicho, y tomando el alta mar el día 6 de mayo de 1791, hácia las ocho de la mañana, descubrimos la punta de la isla de Pico, una de las Azores, y anelamos algunas horas despues en una mala rada de fondo rocéo al frente de la isla Graciosa. Puede verse en el *Ensayo histórico* la descripción de esta isla, cuyo descubrimiento se ignoró en qué fecha se verificó.

Esta tierra extraña, primera á que abordaba, hizo en mí una impresion tan profunda, y su recuerdo, grabado en mi memoria con toda la fuerza y vivacidad de la juventud, ha permanecido tan indeleble, que no he olvidado conducir á Chactas á las Azores, para enseñarle la famosa estatua que pretendieron haber hallado en sus riberas los primeros navegantes.

De las Azores, arrojados por el viento al banco de Terranova, nos vimos precisados á hacer un segundo descanso en la isla de San Pedro. «T. y yo, digo en el *Ensayo histórico*, recorrimos las montañas de aquella isla espantosa; perdimonos entre las nieblas que la cubren continuamente, y errando entre las nubes y los mugidos del viento, oímos el bramido de un mar que no pudimos descubrir; nos habiamos extraviado; nos hallábamos entre unos matorrales ásperos y secos y al borde de un torrente bernejizo que corria entre dos rocas.»

Los valles están sembrados en diferentes puntos de una especie de pino, de cuyos renuevos preparan los indígenas una bebida amarga, y la isla se presenta rodeada de muchos escollos, entre los cuales descuella el del *Palomar*, llamado así porque las aves marítimas hacen en él su nido en la primavera. He dado la descripción de esta peña en el *Genio del Cristianismo*.

La isla de San Pedro está separada de la de Terranova por un estrecho peligrosísimo, y desde sus costas desoladas se descubren las mas desoladas aun de Ter-

(1) La señorita de Rosambo, nieta de Mr. Malesherbes, ejecutada con su marido el mismo día que su ilustre abuelo.

ranova. En estío, las playas de aquellas islas aparecen cubiertas de peces que se secan al sol, y en invierno están pobladas de osos blancos que se alimentan de los restos olvidados por los pescadores.

Cuando abordé á San Pedro, la capital de la isla consistia, segun creo recordar, en una calle bastante larga construída á lo largo del mar. Sus habitantes, sumamente hospitalarios, se apresuraron á ofrecernos su mesa y su casa, y el gobernador se alojaba á la extremidad de la ciudad. Comí dos ó tres veces en su casa, y observé cultivaba en uno de los fosos del puente algunas legumbres de Europa. Me acuerdo que despues de comer acostumbáramos á pasear por su *jardín*, y despues nos íbamos á sentar al pié del asta del pabellon enarbolado en la fortaleza. La bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas, y hablando de la patria mirábamos un mar salvaje, y las costas sombrías de la isla de Terranova.

Despues de un descanso de quince días, dejamos la isla de San Pedro, y haciendo rumbo hácia el Mediodía, llegamos á la latitud de las costas de Maryland y de la Virginia, donde fuimos detenidos por la calma. Allí gozamos de un cielo bellissimo, y así las noches como los crepúsculos, ofrecían un espectáculo admirable. En el capítulo del ya citado *Genio del Cristianismo*, que lleva por título *Dos perspectivas de la naturaleza*, he descrito una de esas pompas nocturnas, y una de esas magnificencias del ocaso. «El globo ígneo del sol, próximo á sumergirse en las olas, se mostraba entre el cordaje del navío en medio de aquellos espacios infinitos, etc.»

Un accidente inesperado estuvo á punto de poner término á mis proyectos.

El calor nos abatía, y el navío en una calma inalterable, sin vela y sobrecargado de mástiles era atormentado por el balance. Abrasado sobre el puente, y fatigado del movimiento, quise bañarme, y aunque no teniamos chalupa ninguna, me arrojé desde el palo bauprés al mar. A mi ejemplo, muchos pasajeros se lanzaron á las aguas, y nadaba tan descuidadamente, que ni una vez siquiera volví la vista al navío que acababa de dejar: acordeme no obstante de él, y cuando torné á mirarle, ví que la corriente le habia arrastrado muy lejos. La tripulacion anhelosa, habia acudido al puente deseando ver el resultado de los esfuerzos que se hacían para salvar á los nadadores, á quienes se habia arrojado un cable, y cuya situacion era peligrosa, por los tiburones que se presentaron en las aguas del navío y comprometían su existencia, habiendo sido necesario dispararles tiros para que se ahuyentaran. Las olas eran tan crecidas que retardaban mi vuelta, agotando mis fuerzas, y me veía con un abismo debajo de mí y con los tiburones que fácilmente podían llevarme un brazo ó una pierna. En el bastimento se hacían todos los esfuerzos imaginables para arrojar al mar una canoa; pero era forzoso establecer una palanca, lo que requiere un tiempo considerable.

Por fortuna se levantó una brisa casi insensible, y el navío, orzando un poco, se acercó á mí; pude apoderarme del cabo de la cuerda; pero habiéndose avalanzado á ella mis compañeros de temeridad, cuando desde el costado del bastimento tiraron para sacarnos, como yo estaba á la extremidad del cable, cargaban sobre mí con todo su peso. Sacósenos del agua uno á uno, y durante esta operacion, que como es de inferir, fue larga, sufrimos muchas alternativas, pues continuando el balance á cada movimiento ó nos abismábamos diez ó doce piés en las olas, ó éramos suspendidos en el aire á igual altura, como peces en anzuelo. En la última immersion me sentí próximo á desmayarme; con un balance mas, todo hubiera concluído para mí; al fin me sacaron medio muerto, ¡si me hubiera ahogado, qué gran desembarazo para ellos y para mí!

Algunos días despues de este accidente divisamos

tierra, y se mostró á nuestra vista, por la copa de algunos árboles, que parecían salir del seno de las aguas; las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron despues del mismo modo las costas de Egipto. Un piloto vino á nuestro bordo: entramos en la bahía de Chesapeake, y aquella misma tarde se envió una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Unime al partido de los que querían saltar á tierra, y media hora despues de haber dejado el barco, hollaba el suelo americano.

Permanecí algun tiempo con los brazos cruzados, dirigiendo mis miradas en torno mio y confundido en una mezcla de sentimientos é ideas que no podía distinguir entonces, y que ni aun hoy podría pintar. Este continente ignorado del resto del mundo, en toda la duración de los tiempos antiguos y durante un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de aquel continente, y sus segundos destinos desde la llegada de Cristóbal Colon; la dominación de las monarquías de Europa debilitada en aquel Nuevo-Mundo; la vieja sociedad acabando en la joven América; una república de un género desconocido hasta entonces, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el orden político; la parte que mi patria ha tenido en aquellos acontecimientos; aquellos mares y aquellas playas debiendo en gran parte su independencia al pabellón y á la sangre francesa; un gran hombre saliendo á la vez de en medio de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que un siglo antes, Guillermo Penn había comprado un pedazo de tierra á unos indios; los Estados Unidos devolviendo á Francia á través del Océano la revolucion y la libertad que Francia había sostenido con sus armas; en fin, mis propios designios, los descubrimientos que quería intentar en aquellas soledades naturales, que extendían aun sus vastos reinos tras el estrecho imperio de una civilización extranjera: hé aquí lo que ocupaba confusamente mi alma.

Dirigímonos á una habitación demasiado apartada, para comprar en ella lo que queríamos se nos vendiese, y fuimos atravesando algunos pequeños bosques de balsameros y cedros de Virginia que perfumaban el aire. Vi revolotear pájaros—burlones y cardenales, cuyos cantos y colores me anunciaron un nuevo clima; y una negrita de catorce á quince años y de una belleza extraordinaria vino á abrirnos la verja de una casa que tenía á la vez el aspecto de la propiedad de un inglés y de la habitación de un colono. Unos rebaños de vacas pacían en los prados artificiales, rodeados de empalizadas, en las cuales jugueteaban ardillas grises, negras y rayadas; unos negros serraban trozos de madera, mientras otros cultivaban las plantaciones de tabaco, y comprando tortas de maíz, pollas, huevos y leche, volvíamos al bastimento, surto en la bahía.

Levóse ancla para ganar la rada y en seguida el puerto de Baltimore. El trayecto fue lento por falta de viento, y al acercarnos al puerto observamos que las aguas se angostaban y permanecían en una calma profunda, como si se tratara de remontar un río rodeado de anchas alamedas, razon por la cual Baltimore se ofreció á nuestra consideración como en el fondo de un lago. En frente de la ciudad se elevaba una colina cubierta de árboles, y á cuyo pié se comenzaban á edificar algunas casas. Amarramos en el muelle del puerto, y acostado á bordo no bajé á tierra hasta el siguiente día. Entonces fui á alojarme al albergue á que se había trasladado mi equipaje, y los seminaristas se retiraron con su superior al establecimiento preparado para ellos, de donde se dispersaron por América.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados-Unidos, no tenía la extensión de hoy; era una linda ciudad muy animada y propia á su objeto. Pagué mi travesía al capitán, y le di una comida de despedida en una taberna muy buena, cerca del puerto. Alquilé en seguida el carruaje que hacía tres veces á la

semana el viaje de Filadelfia, y á las cuatro de la mañana subía en él para rodar por los grandes caminos del Nuevo-Mundo, donde no conocía á nadie, ni nadie me conocía á mí: mis compañeros de viaje no me habían visto jamás, y yo tampoco debía volverlos á ver despues de nuestra llegada á la capital de Pensilvania. La ruta que recorriamos mas bien estaba trazada que concluida, y el paisaje era desnudo y llano; pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna aldea; hé aquí lo que ofrecía la campiña y lo que me impresionó desagradablemente.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos aldeanos que iban al mercado, carruajes públicos y coches muy elegantes. Filadelfia me pareció una ciudad bonita; sus calles, bastante anchas, se cortan en ángulo recto en un orden regular de Norte á Sur y de Este á Oeste, hallándose plantadas de árboles algunas de ellas. El Delaware, que corre paralelamente á la calle que sigue la orilla occidental, sería un río considerable en Europa; pero del cual no se habla una palabra en América. Sus márgenes son bajas y poco pintorescas.

Filadelfia en la época de mi viaje (1791), no se extendía mas que hasta Schuylkill, y únicamente el terreno que se avanzaba hacia aquel afluyente, estaba dividido por lotes en los cuales se construían algunas casas aisladas.

El aspecto de esta ciudad es frío y monótono, y en general lo que falta en los Estados-Unidos son monumentos, especialmente antiguos. El protestantismo, que no sacrifica nada á la imaginación y que en sí mismo es nuevo, no ha levantado esas torres y cúpulas con que la antigua religion católica ha coronado á la Europa. Casi nada se eleva sobre las masas de los muros y de los techos en Filadelfia, Nueva-York, y Boston, y la vista se entristece al extenderse sobre aquel monótono nivel.

Los Estados-Unidos parecen mas bien una colonia que una nación-matriz, presentando mas bien usos que costumbres. Descúbrese desde luego que los habitantes no son hijos de aquel suelo, y que aquella sociedad, tan bella en el presente, carece de pasado; las ciudades son nuevas, los sepulcros son de ayer; esto me ha hecho decir en los *Natchez*: «Los europeos no tenían aun tumbas en América, cuando poseían ya calabozos. Estos eran los únicos monumentos del pasado para aquella sociedad sin ascendientes y sin recuerdos.»

Nada hay viejo en América sino los bosques, hijos de la tierra y la libertad, madre de toda sociedad humana: esto vale mas que monumentos y antepasados.

Un hombre desembarcado como yo en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo hácia los antiguos, un Caton que buscaba por todas partes la severidad de las primitivas costumbres romanas, debió escandalizarse mucho al hallar por do quiera la elegancia de los trajes, el lujo del ajuar, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, y el ruido de los salones de baile y de los espectáculos. En Filadelfia hubiera podido creerse en una ciudad inglesa, pues nada me anunciaba hubiese pasado de una monarquía á la república.

Puede observarse en el *Ensayo histórico* que en aquella época de mi vida admiraba mucho las repúblicas; solamente que no las creía posibles en la edad que había alcanzado el mundo, porque yo no conocía la libertad sino á la manera de los antiguos, es decir, á la libertad hija de una sociedad naciente; ignoraba que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilización civil, libertad cuya realidad ha demostrado la república representativa. Nadie está ya hoy obligado á labrar por sí mismo su pequeño campo, á repudiar las artes y las ciencias, á tener las uñas ganchosas y sucia la barba para ser libre.

Mi baja política me inspiró sin duda el mal humor que me hizo escribir la nota satírica contra los cuakeros, y en parte contra todos los americanos, nota que se halla en el *Ensayo histórico*. Por lo demás, el aspecto del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania era agradable; los hombres se mostraban decentemente vestidos; las mujeres, y sobre todo las cuakeras con sus sombreros iguales, parecían extremadamente lindas.

Allí encontré muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Impaciente por comenzar mi viaje al desierto, me aconsejaron pasase á Albany, donde, mas próximos á los desmontes y naciones indias, sería mas fácil encontrar guías y noticias referentes al país que buscaba.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba en ella el gran Washington, y me vi obligado á esperarle quince días, al cabo de los cuales volvió. Vile pasar en un coche que arrastraban con rapidez cuatro caballos vigorosos guiados por grandes riendas. Washington, según mis ideas de entonces, debía ser necesariamente un Cincinato; pero Cincinato en carroza trastornaba un poco mi república del año 296 de Roma. El dictador Washington podía ser otra cosa que un labriego, que ocupado en las tareas de la labranza, pasaba su vida picando sus bueyes con el aguijón y conduciendo la timonera del arado? Cuando fui á llevar mi carta de recomendación á aquel gran hombre, hallé sin embargo en su casa la sencillez del viejo romano.

Una casa pequeña del género inglés, semejante en todo á las casas vecinas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos, y en él ni se veía guardia ni criados. Llamé, y abrió una joven. La pregunté si estaba en casa el general, y me respondió que sí. Añadí que tenía que entregarle una carta, y la criada me preguntó mi nombre, que extraordinariamente difícil de pronunciar en inglés, no pudo retener. Dije entonces con afabilidad, *Walk in sir*. «Entre V., caballero,» y marchando delante de mí por uno de aquellos estrechos corredores que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete donde me suplicó aguardase al general.

Yo estaba sereno, porque la grandeza de alma ó de fortuna no me imponen: admiro la primera sin anonadarme, y la segunda me inspira mas lástima que respeto. El rostro del hombre jamás me turbará.

Al cabo de algunos minutos entró el general. Era un hombre de alta estatura, de aire tranquilo y frío mas bien que noble, y bastante parecido á los retratos que de él corren. Presentéle mi carta sin hablar una palabra; la abrió, miró la firma que leyó en alta voz, y exclamó admirado: «el coronel Armand!» pues así le llamaba él, y así se había firmado el marqués de La Rouairie.

Tomamos asiento, y le expliqué como pude, el motivo de mi viaje. El general me respondía siempre por monosílabos franceses, ó ingleses, y parecía escucharme con una especie de asombro. Creí descubrirlo, y le dije con presteza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Nor-Oeste, que crear un pueblo como lo habeis hecho.» *¡Well, well, young man!* exclamó tendiéndome la mano; y despues de invitarme á comer para el día siguiente, nos separamos.

Fui exacto á la cita, y allí me encontré con cinco ó seis individuos, entre los cuales rodó la conversacion casi completamente sobre la revolucion francesa. El general nos enseñó una llave de la Bastilla, pero conviene advertir, que aquellas llaves eran meros juguetes que se distribuían entonces en ambos mundos. Si Washington hubiera visto como yo en medio de los arroyos de París, á los vencedores de la Bastilla, hubiera tenido menos fe en su reliquia. Lo serio y fuerte de la revolucion no estaba en aquellas orgías sangrientas. Cuando la revocation del edicto de Nantes, en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio, que demolió el templo protestante en Charenton,

devastó con igual ahinco la iglesia de San Dionisio en 1793.

Dejé á mi huésped á las diez de la noche y no le he vuelto á ver, pues partió al día siguiente para el campo, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con aquel hombre que ha emancipado todo un mundo. Washington descendió á la tumba cuando mi nombre era aun oscuro, y yo he pasado á sus ojos como el ser mas desconocido; él estaba en todo su esplendor, y yo entoda mi oscuridad. Tal vez mi nombre no haya quedado impreso en su memoria, ni un solo día; pero ¡dichoso al menos con que sus miradas se hayan fijado en mí! pues la virtud que encierran las miradas de un gran hombre se inculcó en mí, y me sentí inspirado por ellas el resto de mi vida.

Despues he visto á Bonaparte: la Providencia ha querido mostrarme los dos personajes á quienes plugo colocar á la cabeza de los destinos de sus siglos.

Si se comparan Wasington y Bonaparte, aun considerándolos simplemente como hombres, se observará que el genio del primero se remonta á menos altura que el del segundo. Wasington no pertenecía como Bonaparte á aquella raza de los Alejandro y los Césares, que sobrepaja á la estatura de la especie humana. Nada admirable realza su persona; no está colocado en un vasto teatro; no asiste á la toma de las ciudades con los capitanes mas hábiles, y los monarcas mas poderosos de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre en triunfo de Menfis á Viena y de Cadiz á Moscou; pues se deliende con un puñado de ciudadanos en una tierra sin recuerdos y celebridad, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No da tampoco aquellos combates que renuevan los tiempos sangrientos de Arbelles y Farsalia; no derriba los tronos para recomponer otros con sus ruinas; no pone el pié en el cuello de los reyes, y no les hace decir en los vestíbulos de su palacio:

Qu' ils se font trop attendre, et qu' Attila s'ennuie.

Empero, indudablemente alguna cosa misteriosa encierran las acciones de Washington: obra con lentitud, y al ver su prudencia diríase que se creía el custodio del porvenir de la libertad y tenía comprometida. No son sus destinos los que rige aquel héroe de nueva especie, sino los de su país, y por eso no se permite aventurar lo que no le pertenece, ¿Pero de qué profunda oscuridad va á surgir aquella luz? Buscad los bosques desconocidos donde brilló la espada de Washington, ¿que hallareis en ellos? ¿tumbas? no; ¡un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos por trofeo, en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano: combate en una tierra vieja, rodeado de esplendor y de estrépito; no quiere crear mas que su reputación; no se encarga mas que de su propia suerte. Parece conocer que su misión será corta, que el torrente que de tan alto descende se esparce prontamente en la llanura, y se apresura á gozar y abusar de aquella gloria, como de una juventud fugitiva. A ejemplo de los dioses de Homero, quiere llegar de un salto al confin del mundo; aparece en todas las regiones; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja de paso coronas á su familia y á sus soldados; se apresura en sus monumentos, sus leyes y sus victorias; é inclinado sobre el mundo, con una mano aplasta á los reyes, y con la otra abate al gigante revolucionario; pero haciéndose superior á la anarquía, sofoca la libertad, y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado según sus obras: Wasington eleva una nación á la independencia; magistrado humilde duerme tranquilamente bajo su techo paternal, en medio de los gratos recuerdos de sus compatriotas y de la veneración de todos los pueblos.